



El teatro San Martín tampoco resistió la piqueta burocrática

Los viejos

Los viejos teatros de Buenos Aires, con su tradición, con su recuerdo, con sus características especiales, a pesar de haber desaparecido de la ciudad, barridos por la piqueta municipal o por la apetencia financiera de sus propietarios, aún perduran en la visión de la urbe prematuramente ansiosa de progreso y renovación, como centros que fueron ejemplo de cultura y propiciaron el gusto de los públicos porteños por la actividad escénica, a través de las distintas épocas en que Buenos Aires se iba abriendo a las conquistas de la civilización y el arte teatral florecía, pujante y diverso, en temporadas de calidad, donde se daban cita las figuras más relevantes de la escena universal. Desde sus primeros años —por decirlo así— la capital argentina recibió el aporte inestimable de los valores consagrados en los proscenios de Eu-

ropa que llegaron a convertirla, con el correr del tiempo, en una de las plazas más importantes de América, no solamente por la jerarquía de los artistas, si no por la atracción y brillantes de sus espectáculos.

Al viejo Colón del ingeniero Pellegrini, donde el 25 de abril de 1857 la soprano Lorini y el famoso tenor Tamberlick hicieron las delicias del auditorio con *Traviata*; y Gayarre, Tamagno, Stagno, Tamburini y la Mariani, cantaron, en medio de fervorosas ovaciones, las romanzas y los dúos del amplio repertorio lírico, sucedió el teatro de la Opera, cuya construcción comenzó a poco de estallar la epidemia de fiebre del 71. La desolación y el estrago aún perduraban, cuando se inauguró, no terminado totalmente, al año siguiente con *El Trovador*, cuyo protagonista era el tenor Perlotti. Pero fue a comienzos del 900, en que el teatro adquirió su



Leopoldo Frégoli: transformista por antonomasia



Teatros de BUENOS AIRES

fisonomía mundana, su relieve social, cuando por las amplias escaleras de mármol, ascendían las damas lujosamente ataviadas y los caballeros de impecable frac y **clac** en mano, dispuestos a solazarse, no sólo con el espectáculo de la sala luminosa y deslumbrante, si no con las voces maravillosas de la Colonese, la Storchio, la Bellincioni, Caruso, Bonci, Anselmi, Sammarco, Didur y tantos otros. En ese escenario, en 1901, Toscanini se presentó con **Tosca** de Puccini, cuyas figuras centrales eran Hericlee Darclée, Caruso y Eugenio Giraltoni y protagonizó, años después, un episodio ruidoso, al no querer conceder el "bis" al barítono Stracciari de su romanza de **Traviata** que el público exigía entusiastamente, arrojando su batuta al suelo ante las instancias del concurso y haciendo un ina-

mistoso gesto que estuvo a punto de generar una tormenta en plena representación. Pero el teatro de la Opera no fue únicamente un ilustre refugio del arte lírico. Lo fue también del dramático y vibraron en su proscenio, con arrebatador acento, la voz de oro de Sarah Bernhardt, el vigoroso temperamento de Zacconi, la trágica belleza de Eleonora Duse, la cálida gracia de Tina di Lorenzo en **Addio giovinezza** o en **Come le foglie**, de Giacosa. Con los años, ante la evolución de los gustos y la presencia imponente del nuevo Colón, que comenzaba a detentar el cetro del teatro cantado, la Opera se avino a otros géneros y dio hospitalidad a elencos de comedia española, a revistas espumosas y frívolas, a una Mistinguett ya envejecida que mostraba sus admirables piernas y cantaba con voz queda la **Java** como una evocación de las tabernas de París y sus "apaches" pintorescos. Entre sus últimos estertores —ya estaba decidida su suerte— el viejo escenario recibió a Tania y Discepolín en **Wunder Bar** y festejó la comicidad picante Parravicini. Y en 1935, lo hirieron mortalmente, para levantar sobre sus restos el suntuoso cine de su mismo nombre.

El Mayo tuvo una iniciación afortunada: se alzó en la propia avenida abierta por la genial inquietud de Torcuato de Alvear y se erigió en centro del género chico español, si bien su velada inaugural, el 17 de setiembre de 1893, se realizó con dos comedias **El caballo blanco** y **El enemigo**, a cargo de la compañía de don Mariano Galé, actor de relieve y entre cuyo elenco militaba un joven intérprete, Abelardo Lastra, vinculado luego a elencos criollos y que había de morir en su ley —víctima de un síncope en plena escena— animando **El chiripá rojo**, de Enrique García Velloso en el teatro de la Comedia, siete años después. El teatro Mayo tenía una fisonomía especial: público español, sainetes líricos y zarzuela y un **hall** muy estrecho, por lo cual los espectadores se desplazaban por la vereda, en animados grupos con muchas "zetas" y "elles" en las charlas, tornando poco menos que imposible el paso de los transeuntes por esa esquina de Avenida de Mayo y Lima. Clotilde Perales y Eliseo San Juan crearon allí a la Susana y el Julián de la **Ver-**



Lola Membrives



La acertada caracterización de José J. Podestá para el personaje de Jesús Nazareno

Los viejos teatro

...bena de la Paloma y debutó en ese teatro la jovencita Lola Membrives con **La buena sombra**, de los hermanos Quintero. Cuánto de granado y prestigioso hubo en el género zarzuelero, encontró la adhesión entusiasta de su público, optimista, alegre, jaranero, ya fuera aplaudiendo a la Montilla o la Petrel o estallando en sonoras carcajadas ante la regocijante labor de Moncayo, Carreras, Julio Ruíz o Félix Mesa. Mantuvo por muchos años el Mayo su ascendiente sobre los auditorios hasta que el ensanche de la avenida 9 de Julio puso fin a sus actividades. Cosa curiosa: una avenida le dio vida y otra le extendió su papeleta de defunción.

En Carlos Pellegrini entre Cangallo y Sarmiento, estuvo el Comedia que también, como el Mayo, propició las manifestaciones del teatro hispano. Rogelio Juárez fue uno de los actores por quien tuvo especial preferencia el público de comienzos de siglo. Como nuestro Parravicini más tarde, solía dialogar con el auditorio, saludar a sus conocidos y mechar alusiones en el diálogo de las obras, sobre la presencia de algún político de fuste en la sala. Se inauguró el Comedia un 21 de abril de 1891 con **El baile de la condesa** a cargo del conjunto que encabezaba la actriz española Concepción Aranz. Y le sucedieron compañías de este origen, duchas en la zarzuela y los sainetes musicados como **La gran vía**, **De Madrid a París**, **Las tentaciones de San Antonio**, **El pobre Valbuena** y otras. Pero más amplio en su hospitalidad, acogió en su proscenio a figuras criollas como José y Gerónimo Podestá, Celestino Petray, Elsa Conti y dio cabida en

Tarjeta postal en la que aparecen Blanca y Arturo Podestá, en los papeles de Teresa y Luis Vernengo, de la obra Marco Severi. Además, lleva las firmas de los principales actores que estrenaron la pieza. Fue obsequiada como recuerdo del estreno al autor, Roberto J. Payró



Armando Discépolo



le Buenos Aires

sus carteleras a obras de Martín Coronado, Enrique García Velloso, Ezequiel Soria. Y en una temporada memorable, estrenaron allí de Florencio Sanchez **M'hijo**, **el doctor** y Gregorio de Laferrere **Jettatore**, con la cual iniciaba su carrera de comediógrafo, comenzada en broma a raíz de una apuesta y que había de culminar con sus dos piezas porteñas más coloridas y certeras: **Locos de Verano** y **Las de Barranco**. Cuando el auge creciente de la opereta, también resonaron en la sala los vales envolventes de **La Viuda alegre** o los ritmos alegres, de **La cuaquerita** y años después, entre comedias y sainetes, volvió a sus preferencias hispanas, con una humorada musical **Las corsarias**, de rotundo suceso, donde hizo sus primeras armas en el teatro Carmencita Lamas, con sus floridos 17 años, convirtiéndose más tarde en una simpática y graciosa figura de la revista porteña que incursionaría también por los dominios de la opereta vienesa y hasta se mediría con el drama romántico en **Don Juan Tenorio**...

El San Martín conoció en su larga y fecunda vida escénica, dos años trágicos: 1891 y 1893. El fuego hizo presa en él, destruyéndolo totalmente, hasta que volvió a funcionar remozado y embellecido. El 22 de junio de 1897, en una velada de gala dedicada a conmemorar a la Reina Victoria de Inglaterra, con motivo de su jubileo, figuraba en los programas un poema en prosa de Rubén Darío en que loaba líricamente a "la señora del mar y del país de los elefantes". La colaboración del gran poeta tenía su origen en la amistad con Frank Brown —lector, como buen inglés, de la Biblia, Shakespeare y Byron, frecuentador de las peñas literarias de su época y un clown maravilloso que deleitó a varias generaciones de niños argentinos con su sonrisa bondadosa, sus piruetas y parodias inolvidables y su gran bandeja de golosinas que distribuía paternalmente entre sus pequeños admiradores. Por el San Martín señoreó también Leopoldo Frégoli, el transformista máximo que en segundos se convertía, de melenudo director de orquesta, en coqueta dama mundana o mandarín chino, con la ayuda de 25 ayudantes, 800 trajes y 1200 pelucas. Cuando murió en Italia, se colocó en su lápida la inscripción que él había deseado: "Aquí Leopoldo Frégoli cumplió su última transformación". Junto a actores dialectales como Mimi Aguglia y Giovanni Grasso, desfilaron estrellas de la tonadilla como La Goya, comediantes ilustres como Alejandro Moissi y figuras de la escena nacional como Elías Alippi, Camila Quiroga, Matilde Rivera, Carlos Morganti. Interpretaban dramas criollos: **Calandria** y **Santos Vega** y en ellos intervenía un dúo que iba abriéndose camino con sus canciones: José Razzano y Carlos Gardel. En 1921, a los 16 años, debutó allí Eva Franco. Y en 1945, fue expropiado el teatro, donde un baldío lo recuerda en esa calle Esmeralda, en que la mayoría de los transeúntes apurados que cruzan por sus muros, ignoran que allí funcionó una sala de larga tradición, que fue primero un corralón de maderas, luego un elegante **skating ring** y definitivamente un local de espec-



Sarah Bernhardt en Medea



Exterior del también desaparecido
Teatro San Martín



táculos que inauguró el 4 de junio de 1887 el circo de los hermanos Carlo, haciendo una entrada fabulosa de cinco mil pesos de aquellos tiempos...

La antigua quinta de los Zamudio —lodazal en los días de lluvia y solitario refugio de malvivientes en las noches de invierno—, fue cuna del Circo Arena en ese tramo de Corrientes y Paraná, mal empedrado y peor iluminado, donde la ruidosa charanga anunciaba la pantomima de Chiarini de **Cendrillon**, las volteretas acrobáticas de Speltrini o las gracias de bailarinas y trapecistas arriesgadas. Eso era allá por el 74 y pocos años después, el empresario César Ciacchi se animó a levantar un teatro en el mismo sitio y lo inauguró con **Otelo**, animado por el gran trágico Ernesto Rossi, rival de Salvini en el repertorio shakesperiano. En 1884, ocurrió un hecho de proyecciones para nuestro teatro: José J. Podestá encarnó a Juan Moreira en el Politeama Argentino en la pantomima basada en el folletín de Eduardo Gutiérrez y que años más tarde se convertiría en el drama criollo precursor de la unión entre el picadero circense y el proscenio tradicional. Cuando ya la sala se afirmó en su prestigio, Eleonora Duse, "pá-

Los viejos teatros...



lida, de cabellos negros y ojos vivos y más negros aún", como lo describe un cronista, impresionó al público del Politeama con su arte hecho de fuego y pasión en **Casa de muñecas**, **La dama de las camelias**, o **La figlia di Yorio**, en que su temperamento vibraba y se expandía con humana y poderosa resonancia. También la divina Sarah ocupó su escenario y **Fedora** fue su carta de presentación. Sarmiento la visitó en su camarín y le besó la mano. "He andado trescientas leguas —le dijo— para venir a admirarla". Adelina Patti cantó el **Barbero** de Rossini en una noche memorable...

Así, como el Apolo, el Maravillas, el Sarmiento, el Buenos Aires, el Marconi, el Politeama, tuvo su ocaso. Pero los viejos teatros desaparecidos, aún perduran en la memoria de los espectadores maduros, aquellos que asistieron a sus veladas, aplaudieron los grandes actores, experimentaron la emoción inefable de su arte y tal vez sintieron una íntima congoja cuando las cuadrillas fueron demoliendo sin piedad esos centros de esparcimiento y cultura que por largos años constituyeron el orgullo y la tradición de Buenos Aires.

Primer edificio del Teatro de la Opera